

SERMON 2.<sup>o</sup>  
DE LA PASION Y MUERTE  
DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

---

*Jesus Christus heri, et hodie: ipse et in  
saecula.*

Jesucristo ayer y hoy: el mismo en  
los siglos.

Ad Heb., cap. XIII, v. 8.

De Jesucristo, M. A. O., de Jesucristo Dios y Hombre verdadero, Salvador de la humanidad, vamos á ocuparnos. Mas no creais que al dirigiros mi voz desde la Sagrada cátedra de la Religion, venga dispuesto á cantar tan solo sus grandezas, á presentarle en el humilde establo de Belén, donde recibe con los alegres cánticos de los ángeles, las adoraciones de reyes y pastores: no voy tampoco á guiar vuestras atenciones á las alturas del Thabor, donde el Eterno Padre dá testimonio de que es su Hijo muy amado en quien tiene sus complacencias; ni demostrando su divinidad al hacer salir á Lázaro del sepulcro al eco de su voz Omnipotente. Sus ignominias, sus afrentas, sus crueles tormentos, su muerte sufrida por el hombre, ved aquí el objeto

de nuestras atenciones en este dia. Dirigid vuestra vista hácia el Calvario: contemplad la obra de la ingrata Sinagoga: ved á Jesucristo pendiente del madero santo, y vertereis lágrimas de dolor al ver morir en un patíbulo de afrenta al que habia sido por tantos siglos objeto de las esperanzas de los Patriarcas, aquel de quien tantos vaticinios hicieron los Profetas: el que fuera anunciado al mundo desde el Paraiso, como libertador de la humanidad. ¡Qué misterios! El que es inocente aparece como pecador, el que es la santidad misma, impecable por naturaleza, es tratado como criminal; el impassible padece los mas crueles tormentos, el que es Poderoso en obras y palabras, se entrega cual indefensa oveja en manos de sus verdugos.

Justo es, pues, cristianos, que los que hemos sido redimidos paguemos este anual tributo al Dios humanado, que impulsado por su caridad dió su vida por nosotros. Justo es que despojándonos de las galas y adornos, olvidados por hoy de todos nuestros negocios temporales, recogidos dentro de nosotros mismos, nos dediquemos á recordar la trágica escena, que verificada hace cerca de diez y nueve siglos, inspira siempre en los corazones el mismo interés é idénticos sentimientos de amor y de gratitud hácia el Salvador.

Pero permitidme mis hermanos que os pregunte, ese Jesus cuya pasion y muerte conmemoramos hoy, ¿no ha vuelto á ser perseguido despues que triunfante de la muerte salió del sepulcro? ¿No ha vuelto á ser objeto de ódio para los hombres? Es una triste realidad y aun hoy mismo despues de diez y ocho siglos de triunfos y victorias es negada su divinidad:

hoy mismo es buscado el Cristo Salvador por hombres ingratos mas que los mismos hijos de Israel, que le persiguen y combaten: pero Cristo reina y reinará hasta la consumacion de los siglos y mas allá.

Deseo, señores, que conozcais perfectamente á Jesucristo, para que cada dia os afianceis mas y mas en la fé de su doctrina: deseo que vivais prevenidos para no dejaros seducir por las enseñanzas de la impiedad. Ved aquí por qué he fijado la atencion en las palabras del Apóstol San Pablo, que me han servido para abrir la presente oracion: Jesucristo ayer y hoy: el mismo en los siglos: *Jesus Christus heri et hodie: ipse et in sæcula*. Jesucristo ayer, es decir, hace cerca de diez y nueve siglos, sufriendo una pasion dolorosísima y afrentosa muerte por el rescate de la humanidad: *Primera parte*. Jesucristo hoy perseguido nuevamente por la impiedad, aunque reconocido y adorado como verdadero Dios en el mundo: *Segunda parte*. Jesucristo en los siglos. Es decir, en todos tiempos hasta la consumacion y el fin, reconocido en todas las naciones hasta que haga su segunda venida para juzgar al mundo: *Tercera parte*.

¡Cruz santa de mi adorable Redentor! ¡Leño donde se verificara nuestra Reparacion! Nosotros os saludamos y os bendecimos: *Oh cruz*, etc.

#### PRIMERA PARTE.

*Jesus Christus heri*. Era, señores, el año cuatro mil y treinta y tres de la creacion del mundo, segun el cómputo comun, cuando se verificó en la ciudad de Jerusalem la tragedia mas triste y lastimosa que

presenciaran los siglos. Antes ni despues háse visto ninguna otra con ella comparable. Jesus de Nazareth, el que siendo verdadero Dios, era al tiempo mismo verdadero Hombre, habia empleado tres años en evangelizar á los pueblos de la Judea con la predicacion de su doctrina celestial y divina. Durante este espacio de tiempo, efectuó mil prodigios á cuán mas admirables, que fuéron otras tantas pruebas de su divinidad. Por todas partes iba haciendo bien, y los ciegos que habian recobrado la vista, y los mudos que hablaban, y los paralíticos que habian adquirido agilidad en sus miembros, y la multitud hambrienta que se saciara cuando efectuara el gran prodigio de la multiplicacion de los panes y de los peces, y la infinidad de personas á quienes liberalmente habia curado de sus enfermedades y socorrido, le colmaban de bendiciones. Sin embargo, como dice el Evangelista amado, *en el mundo que fué hecho por él estaba y el mundo no le conoció* (1). En torno de los grandes beneficios que dispensara á los judíos, éstos le persiguieron sin tregua ni descanso hasta quitarle la vida en un patíbulo de afrenta. ¡Mas ay! Jesus habia tomado á su cargo satisfacer la deuda del hombre: el pecado debia ser castigado con dolores, tormentos y aflicciones: por esto Jesucristo, que quiso tomar sobre sí el cargo de aplacar la ira de su Padre, padece en su alma desconuelos y tristezas cuando en el huerto de Getsemaní se prepara para empezar á beber el cáliz amargo de su pasion dolorosísima: delante de los jueces judíos y gentiles, sufre despues los mayores oprobios; en las calles es insultado por turbas infames de implaca-

(1) Joan. cap. I, v. 10.

bles enemigos, y en el Gólgota, muere cual si fuese el mayor de los criminales, en un patíbulo de afrenta. Registremos las narraciones evangélicas, y con espíritu verdaderamente cristiano sigamos los pasos de nuestro amabilísimo Redentor (1).

### § I.

El leon poderoso de Judá á cuya presencia rodaron por tierra los ídolos de Egipto, espera en el huerto el momento de ser entregado por el traidor discípulo en manos de sus enemigos: en el silencio de la noche, ora fervoroso á su Eterno Padre, y empieza á temer y á entristecerse. En Jesus había dos naturalezas, la divina y la humana, en su única persona: cada una de las naturalezas conservó sus propiedades, resultando de aquí que este Dios humanado fué pasible como hombre, é impasible como Dios, como nos enseñan los padres y teólogos: pero si bien en los demas hombres perturban las pasiones á la propia razon, en Jesucristo estuvieron sujetas á la misma, por lo cual el doctor San Gerónimo las llama *propasiones*. Jesucristo, pues, en cuanto hombre, se aflige y se entristece al contemplar los cruelísimos tormentos que se halla próximo á experimentar, y tambien la ingratitude de aquellos por cuyo rescate iba á sufrir la muerte mas cruel y afrentosa.

Ya se ha llevado á cabo la obra de iniquidad: Ju-

(1) Dividimos este sermón en párrafos, para que con mas facilidad pueda sujetarse á la memoria. Advertimos tambien, que en esta primera parte nos detenemos en explicar minuciosamente todos los pasajes de la pasion, y las noticias que hemos encontrado en varios autores, con el objeto de que los predicadores puedan escoger los que mejor les parezcan, y tambien para que si así les conviene, puedan predicar tan solo esta primera parte.

das con un ósculo de falsa paz, había entregado á su divino Maestro en manos de sus implacables enemigos. Aturdidos y llenos de miedo y espanto los Apóstoles, habían huido del peligro. Se cumplieron las palabras de la Escritura que dice que al ser herido el pastor, se dispersarian las ovejas. Pedro y Juan son los únicos que resisten á la tentacion, y se proponen seguir aunque á lo lejos al divino Nazareno. Juan no tenia grandes motivos de temer; por su nobleza era conocido de los pontífices. Ambos siguieron, pues, los pasos del Redentor.

Cual si Jesucristo hubiese sido acusado de los mas horrendos crímenes, los que se apoderaron de su sagrada persona rodearon su cuerpo con una gruesa cadena, sujetándole atrás las manos, y de este modo, dándole crueles golpes, maltratándole del modo mas inhumano, le condujeron á casa del pontífice Anás. En vano seria buscar en el tránsito del huerto á la casa del pontífice, aquellos que se preciaban de amigos de Jesus. No le siguen para defenderle en los tribunales, aquellos que llenos de entusiasmo le habían recibido con palmas y olivos y entonando alegres *Hosánas* en su entrada en Jerusalem, ni la multitud de enfermos á quienes había dado la salud. Hed aquí, señores, generalmente hablando, lo que son las amistades del mundo. Colmad de beneficios á un individuo, sed el amparo de su familia, hacedle depositario de vuestros secretos, sentadle á vuestra mesa, y os jurará eterna amistad; pero si al dia siguiente caeis en el infortunio, si os es adversa la inconstante fortuna, entonces os vereis de todos abandonado y recibiréis los mas crueles desengaños. ¡ Ah! que la esperiencia de cada dia demuestra la verdad de mis palabras.

Juan y Pedro fueron los verdaderos amigos del Salvador, que no tuvieron valor para abandonarle en el día de la aflicción.

Empero fijemos ya nuestras atenciones en la escena que tiene lugar en casa de Anás, donde veremos exactamente cumplida aquella profecía: *él dará la megilla al que le hiera, se saciará de oprobios*. Anás interroga á Jesucristo acerca de su doctrina y de sus discípulos: la respuesta del Salvador no puede ser mas humilde, puesto que le hace ver que nunca ha enseñado en lo oscuridad sino en la Sinagoga, y ante multitud de gentes: que puede informarse de aquellos que le habian oido. Sin embargo, sin que la misma presencia del juez fuese bastante á contenerle, uno de los criados que presentes se hallaban dió una cruel bofetada al mansísimo Cordero de Judá. Jesus que tenia poder suficiente, no solo para reducir á polvo al vil sacrilego que de tal suerte le trataba, sino para destruir el universo, exclamó dirigiéndose al que tan grave ofensa le habia inferido: *si he hablado mal, dime en qué; si no ¿por qué me hieres?* El ministro que descargó su mano sobre el divino rostro del Salvador, acompañó á su acción indigna y criminal estas palabras: *¿Así respondes al pontífice?* El P. San Gerónimo, esponiendo este pasaje, ve en la suavísima respuesta del Salvador el sentimiento que le causó el que se le imputara falta de respeto al sacerdocio, con lo que quiso dar á entender, como dice el mismo Padre, el respeto y veneración con que deben ser tratados los sacerdotes por malos y perversos que sean. Pero sigamos la narración histórica. Nada se atreve á resolver Anás, el que determinó enviar á Jesus á casa de Caifás. Allí se hallaba reunido el Sanedrín de ancianos, sa-

cerdotes, doctores y demas personajes principales de la Sinagoga. Todos deseaban la llegada del Nazareno, al que recibieron con burlas y con risas. Ea, pues, perverso Caifás, siéntate en tu silla pontifical, y dirige á Jesus preguntas capciosas con maliciosa idea. Así lo hace Caifás, sin merecer recibir respuesta alguna de los labios de Jesus. No importa: multitud de testigos se presentan, y todos le acusan. El pontífice los examina, sin lograr ponerlos de acuerdo en sus deposiciones. ¿Qué hubiera hecho un juez justiciero, concienzudo y conocedor de sus deberes? Es claro á todas luces: si los testigos se contradecian unos á otros, si no habia dos que dijese lo mismo, se comprendia que eran testigos falsos, calumniadores arrastrados á aquel lugar por el odio que profesaban á Jesus. Procedia la libertad de Este: pero ni aun siquiera pasó por la idea de Caifás obrar de un modo tan justo. Por último, si Jesus conjurado por el Pontífice, dice que es Cristo, Hijo de Dios, esta confesión se le imputa por blasfemia y es suficiente para que todo el Sanedrín ó Concilio le declare reo de muerte.

Era llegada la noche: los sacerdotes, los ancianos, los demas que formaban la asamblea se retiraron á descansar. Jesus era el único que no tenia que esperar descanso: aquella noche que precedia al suspirado día de la redención iba á ser para el Hijo de Dios, noche de los mas crueles tormentos: vosotros lo sabeis, M. A. O.: cuando un reo es sentenciado á muerte, por horrorosos que sean los crímenes que le han conducido á aquel desgraciado estado, desde aquel momento inspira compasión: nadie se atreve á injuriarle y por el contrario todo el que á él se acerca procura dirigirle palabras de consuelo. Solo para Jesucristo no lo

hubo. Era inocente, incapaz de pecado: sufría voluntariamente por el rescate de la humanidad. El concilio antes de disolverse había dispuesto que fuese encerrado el reo en un colabojo subterráneo, donde debía permanecer hasta la mañana siguiente en que se volviese á reunir. En aquella prision y atado á un pedazo de columna, fué colocado el Salvador. Los encargados de su custodia, trataron de entretener la noche, pasándola divertida á costa de la divina víctima. Vendándole los ojos le daban crueles golpes diciendo: adivina, Cristo, quién te dió. Al mismo tiempo le dirigian las mayores injurias que imaginarse puede. Parecía que cada uno de los que allí estaban inventaba un nuevo modo de hacerle padecer y sufrir. Jesus callaba y lleno de paciencia lo sufría todo por el hombre. ¡Y quién es el hombre, amabilísimo Jesus, para que tanto hagais á su favor! ¿Ignorais por ventura su ingratitud? ¿No sabeis que para muchos han de ser infructuosos vuestros tormentos y vuestra muerte, y que ha de haber mónstruos de ingratitud que se complacerán en renovar con el pecado vuestra dolorosísima pasion? ¡Mas ay! ¡A que dirijo estas preguntas á Jesus! Su cabeza era el centro de la sabiduría eterna: veía el porvenir como si estuviese presente, pero triunfó el amor, la llama de la caridad que arde en su pecho á favor de la humanidad. Mientras tanto era objeto de las burlas de los que le custodiaban y maltrataban, su imaginacion estaba fija en la infeliz humanidad: su deseo padecer mas y mas por el hombre. Apartemos nuestra vista de aquella luctuosa noche, y admiremos con un escritor sagrado que Dios en sus altos é incomprensible juicios sufriera tal abominacion.

## § II.

La aurora apareció en el horizonte, y tras ella vino el monarca de los astros á disipar con sus brillantes rayos las tinieblas de la noche. Jesucristo oró fervorosamente á su Eterno Padre, rogándole aceptase el sacrificio de su vida que le iba á ofrecer en aquel día, en el que iban á realizarse todos los vaticinios y á tener cumplimiento los deseos de los Patriarcas y demas justos. Reunido el Concilio á las primeras horas de la mañana, declaró de nuevo á Jesucristo reo de muerte, mas como el Sanedrin era tribunal puramente religioso y no tenia potestad de juicio en causas criminales, determinaron enviarle al juez romano, que era Pilatos.

Jerusalen estaba alborotada: multitud de forasteros de la Palestina habian acudido con motivo de la celebracion de la Pascua y todos deseaban conocer á aquel hombre extraordinario, del que unos hablaban ventajosamente refiriendo sus milagros, y otros por el contrario le calumniaban acusándole de multitud de crímenes. Los que debian conducirle á casa del presidente romano, le decian de un modo sarcástico: *Ea tú, que tantas cosas maravillosas has hecho ¿por qué ahora no te libras de nuestras manos?*

Atado y lleno de ignominia, atravesando las principales calles de Jerusalen, fué el Señor conducido á casa de Pilatos. Ya no eran solo los que tenian la triste mision de custodiarle, los que le insultaban: de la multitud de curiosos que le salian al encuentro salian voces injuriosas: *Muera ese hombre; ahí vá el embuucador y embustero.* A tantas ignominias quiso